5384

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Enero de 1923. — N.º 55 — Año VII.

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

21534

CUBA

Isla maravillosa,
Isla fastuosa,
Isla de las horas felices,
Isla del Paraíso con manzanas
Unicas... Isla bella, que dices
Una emoción cordial de horas lejanas...
Isla para príncipes y para
Almas sin otra pena que la pena
Serena
De un amor. Isla clara
De cielo azul y de mar cristalino;
Gota de miel para el peregrino;
Golfo azul para el marino;
Agua fresca bajo la inmensa hoguera zodiacal.
Tierra de palmas, donde devana
Copo rosa la vida. Isla serrana
Y plana;
Hermana
Tierra de la gran epopeya oriental...

Yo te admiro morena
De fertilidades plena,
Que tienes la grandeza sencilla
De la semilla
En el surco, siendo así mismo
Semilla que germina

Y guarismo
En la ecuación del porvenir cercano
Que se adivina,
Victorioso y humano,
En tu noble soñar americano.
Yo admiro tu geórgica de oro;
La vega en luces de aguamarina;
Tu boscaje sonoro;
La ondulante riqueza de tus cañaverales;
La palma que culmina
En apoteosis de épocas triunfales...

En ti revive el mito: Pan y Ceres,
Pomona y Flora...
Aquí Sirina llora...
Aquí pasan las ninfas: tus mujeres...
Aquí el fauno avizora
Desde el laurel nativo que decora
El paisaje de luz. Dafne se entrega,
Abierta el alma al ritmo de tus liras,
Y su armonía griega
Se hace carne de amor en tus guajiras...

En tu manigua la Epopeya alienta,
Aún tinta en sangre de martirio y gloria,
Y frente al escuadrón de la tormenta,
Se destaca tu estrella de victoria.
Isla maravillosa, hospitalaria
Tierra de amor donde la vida canta;
Por ti hasta el salmo lírico es plegaria
Y la voz es sollozo en la garganta.

PABLO DE GRECIA.

Habana, Agosto de 1918.

UN REGRESO

Regreso a casa con los pies hinchados. Anochece. Hoy he trabajado mucho y estoy rendido. Los ojos, me pesan dentro de las órbitas. La ropa, sobre los hombros, carga su mano invisible, y, agobiado, trato en vano de enderezarme... Pienso en muchas cosas sin sentido, pero una idea fija, domina el reducido campo de mi cansada imaginación. He andado más de cincuenta cuadras. He tratado de ver a alguien y he hecho lo posible para que me viesen. Creo no haber pasado desapercibido... ¿Y si esto fuese vanidad mía! ¡si nadie me hubiese visto! Sí, posiblemente, nadie me ha observado, nadie se ha importado de mí. Yo los he visto a todos, los he observado. Amigos, enemigos, conocidos, paseantes indiferentes, mujeres hermosas... A la mujer que buscaba, no la he hallado, porque de ser así, yo a estas horas no regresaba a casa, andaría con ella por la calle. Esta "ella", es otra, es una de ellas, la que más me entusiasma por ser la menos mía...

Regreso a casa con los pies hinchados. Anochece. Soy uno de los tantos vagos del crepúsculo. Nadie me mira. Esto me da mucha rabia. Nadie se percata que paso yo... Pero, ¡quién soy para que se interesen por mí! No quiero responderme, pero estoy firmemente convencido que soy algo en esta vida. Así como yo he visto a Graxes, a Somba y a Zamoray, ellos deben haberme visto... Esto me tranquiliza y pienso: ¡Ah, si en casa hallase una carta importante! Estoy seguro,

pienso de repente, en casa hay una carta para mí, con una noticia, con una gran sorpresa, con mucho dinero dentro, con la felicidad entera! Sigo soñando, aunque me duelen los pies y la ropa me pesa y me fatigo y no sé dónde meter las manos, que me estorban mucho... Sigo soñando o pensando a pesar de todo, o quién sabe, por ese mismo pesar que me acompaña sueño y fantaseo. En casa encontraré una carta de importancia. Rasgaré el sobre y me verán sorprendido... Sí, eso mismo, será una sorpresa, una enorme sorpresa... ¡Ah! puede estar en casa, esperándome, Yorita! ¿Pero es posible esto, que una mujer de su condición me esté esperando en casa? Yo me contesto: Sí, es posible. Pueden haberla echado de su casa..., y ¿por qué — vamos a ver, — por qué la van.a echar de su casa? No, mejor es pensar que Yorita se ha escapado de la casa de sus padres, que huye y me pide refugio, asilo, protección... ¿Pero si ella tiene novio, iría en este supuesto caso, a casa de su novio? ¡Ah! pero debo pensar que Forita, está enamorada de mí... Si, eso es, me espera en mi habitación, (me gusta pensar así) me espera, con el tapado puesto, impaciente, con el sombrero en la mano.

Mis amigos le habían dicho a Yorita: Aguarde usted, dentro de una media hora larga, él estará aquí. Suele llegar a las 20, a más tardar... Y, Yorita me espera, sentada ahora al borde de mi cama, como al borde de un precipicio... Mi cama tiene un pozo en el medio, donde mi sueño forma un charco o un lago, según mi dormir... Pienso que Yorita viene a quedarse conmigo, viene a vivir conmigo... Me servirán la comida en la pieza, reiremos, después de llorar; soñaremos, después de reir. Y, luego, será mía, será mía... Gozo abandonándome a la garra de una idea...

Sigo andando, andando sin parar. He caminado una hora sin parar. No sé cuantas cuadras de peregrinaje. Me faltan, para llegar a casa, doce cuadras. La calle es

oscura y repecho con fatiga. Me arden los pies; el sombrero me pesa, y no sé dónde colocar las manos, pues si las guardo en los bolsillos del sobretodo, me pesan las ropas sobre los hombros, y si las llevo fuera, me maltrato la carne de los dedos, con el borde de los anillos.

Vuelvo a pensar... Y, ¡cómo me gusta seguir así! Yorita está en casa. Me espera y será mía. Es extraordinario esto! Me llegaré a ella y la besaré. Sí, en casa está Yorita... ¿Por qué no puede ser que esté Yorita en casa? Ella me dijo que el día menos pensado, huía de su casa. Y, aunque esto lo dicen todas las mujeres a quienes se les contraría algo, yo estoy seguro que Yorita, no es como las demás. Yorita, está en casa, esperándome. Estoy seguro, segurísimo. La veo en casa, en mi cuarto, examinando mis estampas, revolviendo mis papeles, hurgándolo todo. Se quedará a vivir conmigo...; ¿cuánto tiempo? No, es mejor que deje el futuro a un lado, nada más zonzo que malograr una hora, por el futuro... Yorita me verá llegar y se pondrá roja, llorará... Mientras tanto, daré yo las órdenes pertinentes, de cerrar la puerta de calle y no abrir sin antes preguntar quién va... Yorita trae poca ropa, casi nada más que lo puesto, pero trae algunos pesos. Con ellos se comprará ropa, o nos iremos a un hotel... Debe de ser hermoso vivir en un hotel con una mujer como Yorita... y aunque no sea con Yorita, con cualquiera, debe de ser bonito vivir en un hotel... Nunca he podido hacerlo. Pasaremos unos días en casa y luego al hotel. Yorita, se sentirá señora... ¡Que la perseguirán? No, es mayor de edad. Todo resulta a pedir de boca, me siento muy feliz, pero muy feliz...

Sigo andando. Aún me faltan 8 cuadras... Sigamos pensando... Me duelen los pies y las piernas. Me pesa el sombrero... No importa. Sigo pensando... Entraré en casa, como si nada supiese, con cara de igno-

rantón, aunque sé firmemente que está Yorita y hay una carta abultada para mí. Para no quedar en ridículo y para evitar que mis amigos conozcan lo sobrenatural de mi imaginación, yo haré de modo que ellos no se enteren de que yo ya lo sabía... Yorita me espera, hojeando un libro, curioseando en mis cajones... No, no se atreverá a tanto. Debe estar muy cohibida la pobre Yorita...

Ando despacio ahora. Estoy muy cansado. Me pesan los ojos en las órbitas. Llevo los pies hinchados y me duelen las espaldas. Pero gozo pensando que en casa está Yorita, y la veo, de cuerpo entero, y veo mi

Bueno, me digo es conveniente ocultar estas ideas, de la cabeza... Por algo se me ha ocurrido pensar así.

Bueno, me dijo, es conveniente ocultar estas ideas, no decirlas. Si una fuerza extraña y desconocida háceme pensar así, honrado es evitar que la descubran, pues si esto sucede, todos querrán poseer esa fuerza, o ser poseídos por esa fuerza oculta que protege, guía y glorifica mis pasos. Sí. Trataré de hacerme el sorprendido y por toda la vida, ocultaré estas horas de imaginación, sin decir a nadie, mi momento maravilloso de inspiración y presentimiento.

Yorita está en casa y me espera desde hace una hora. Yo tendré que engañarla, decirla cuatro tonterías. Verbigracia: Salí a comprar un libro y no pude hallarlo. Mañana saldré por él. Hoy abandoné el trabajo a las 17 y desde esa hora, ando atrás del libro.

Ella me creerá, porque es muy buena y porque yo sé mentirle. También creerá porque le daré un beso. A Yorita la sé positivamente enamorada de mí.

Estoy a cuadra y media de mi casa. Sigo fantaseando... Yorita en casa... Una carta, con una gran noticia... Los amigos me saludan al verme afortunado... Yorita queda a vivir en casa... Nadie nos incomoda... Nadie nos molesta... Yo soy muy feliz con

Yorita... ¡Ya suponía yo que se escaparía de su casa!... Yorita es muy extraña... Se parece a Edda Gabler! Es capaz de todo!... Está al borde de mi cama, como al borde de un abismo... Estoy cansado, rendido, muerto de cansancio... La cabeza me baila... Los pies inflamados... Los ojos me pesan... Apreto el paso... Deliro por llegar. Media cuadra... De noche cerrada... Mi cuarto, estará tibio, con Yorita de huésped. La casa, habrá cambiado; mis amigos hablarán en voz baja, harán comentarios halagadores, se sentirá la presencia de una mujer extraña.

Yorita está en mi cuarto, me espera. ¿Por qué no va a estar Yorita? Claro que está, lo afirmo. ¿Por qué yo pienso que está Yorita? ¿Qué fuerza oculta me ha hecho pensar todo esto? ¡Por algo lo he pensado! Esto, no puede ser porque sí, debe tener su razón de ser. Hay alguna fuerza oculta que mueve mis pasos, que dispone mis ideas, que se adueña de mi cerebro. Siendo tan fácil su venida... ¿Por qué, vamos a ver, por qué Yorita no va a estar en mi cuarto? No hay una razón de peso para que me demuestre lo contrario, que me asegure que no es así.

Si yo lo pienso, por algo ha de ser. Pero debo ocultar mi pensamiento, no debo decirlo a nadie. Juro que nadie sabrá nada.

No descubriré la oculta fuerza que dispone mis ideas...

Sigo andando. Estoy muy rendido ahora. Derrotado.

Yorita, me espera en casa. Hay también una carta para mí. Estoy sofocado... Llego al zaguán de mi casa. Me detengo, para escuchar algo que adelante mi impresión... Por supuesto, está la casa en silencio... Le hacen silencio a Yorita, pienso. Entro... No hallo a nadie... Me duele la cabeza... Sigo hasta mi cuarto... Enciendo la luz... Nadie, ni cartas, ni diarios,

ni Yorita... nada, absolutamente nada. La casa está sola, silenciosa, como un sepulcro. Repito: Absolutamente nada!...

¡Yo soy un desgraciado, me digo, un miserable! Y me largo en el lecho, como un fardo, y me pierdo, solo, mortalmente solo, estúpidamente solo, al precipicio, al abismo de mis suposiciones.

El reloj, con su tic-tac implacable, no sé si lilvana mis sueños o roba solapadamente mis fuerzas... El tiempo pasa. Cierro los ojos. Mañana hay que volver al trabajo!

ENRIQUE M. AMORÍN.

NOCTIVAGANCIA

Puck: «Hola, Espíritu errante, ¿á dónde vas?»

SHAKESPEARE: «Sueño de una noche de Verano.»

Sobre la Noche cálida mi Insomnio aburrido reclino:
sueñan con el Rocío las Plantas del Jardín,
y más allá del Bosque, donde manotea el Molino,
tiende el Camino cansado su pálida cinta sin fin.

La aguda Media Luna y Venus, el dulce planeta,
en el medio del cielo en conjunción están,
llamando, sitibundo estandarte azul del Profeta,
para una razzia monstruosa á algún monstruoso Os-
|mán.

Con un dedo en los labios se oculta Titania, sonriente...
Pasa un gnomo, jinete en brioso Caracol,
y entre sus manos trémulas encierra la Vieja creyente
para el Nietito enfermo un tibio Rayo de Sol.

Taña el Flautista Mágico su flauta hacia la Mar lejana;
como negra marea van las Ratas detrás...
Y los Zapatos Rojos de la pálida Niña germana
danzan sobre los campos, sin poder detenerse jamás

La hermosa Vampiresa apresura su paso menudo,
prontas las uñas de ágata para el Festín atroz
(el Príncipe su Esposo, que empuña un alfanje desnu-
|do,
la sigue paso a paso, envuelto en su blanco albornoz).

En torno de la llama de la Vela que oscila, una
nube de insectos traza ronca curva febril,
(como rondan los Elfos, bajo la indiferente Luna,
en las Leyendas del Norte, con sus élitros de alguacil).

La Aurora sonrojada despereza sus brazos tersos.
Sueña un gallo sonámbulo su fanfarria triunfal.
Y en la vaga penumbra en que escribo estos plácidos
versos,
raya un Grillo monótono el dulce ambiente de cristal.

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

Roma, 1922.

"LOS POEMAS DEL HOMBRE"

Por Carlos Sábat Ercasty

He aquí el libro de un grande, de un verdadero poeta. LOS PÓEMAS DEL HOMBRE son la epopeya grandiosa del dolor humano; de un dolor que no nace del choque con la realidad; de un dolor tan profundo, tan enorme, que aquel que una vez lo ha sentido, no puede ya volver a ser como era antes...

La vida sólo es posible mientras el abismo sobre el cual danza la humanidad, está cubierto de falaces y efímeras flores. ¡Ay de aquel que contempló una vez la boca desnuda del abismo! ¡Ay de aquel que levantó la venda sonrosada de las ilusiones!...

Sábat Ercasty se enfrentó al Misterio terrible, y nos trae de su viaje al más allá, estos cantos sangrientos, estas músicas en donde grita su dolor la inteligencia humana.

Hay una sensibilidad más honda y más elevada que aquella que nace de una fácil e ingenua piedad, y es la que nace de una profunda inteligencia de las cosas.

El talento es don de amargura: quien más piensa es quien más sufre, y "añadir ciencia es añadir dolor". DOLOR DE INTELIGENCIA,, cuyas raíces son las mismas raíces del ser. El dolor que nace de un acontecimiento adverso, el tiempo lo mitiga; pero el dolor del pensamiento tanto más hondo es cuanto más se piensa.

No he leído nunca, si no es en el Eclesiastés, o en el Libro de Job, una poesía tan dolorosa, y que me haya sacudido el espíritu tan profundamente como estos "Poemas del Hombre" de Sábat Ercasty. Tal vez porque una íntima analogía de motivos líricos me haga encontrar en ellos el eco de los mismos dolores...

Todo el "Libro de la Voluntad", el mejor de la obra, a mi modo de ver, es un continuo sacudimiento del espíritu, un ansia dolorosa de saber, un grito del alma prisionera, una rebeldía magnífica del pensamiento:

"¿De qué raíz terrestre me he desprendido, dime? —¿De qué fuerzas enceguecedoras del espíritu— Rasgo las vendas últimas! — ... — Haberse hundido en lo insondable y vago— donde las manos no aprisionan nada... — ... — Perder pie en el Misterio,— resbalar entre sombras repetidas— hasta no saber nada... — ...y trasponer los muros espesos de ser hombre... —¡Ah, soledad,— horrible soledad de comprendernos!..."

Sólo el que haya pasado por estos momentos de angustiosa tortura será capaz de comprender toda la belleza y toda la profundidad de esta poesía, que no será jamás poesía para el vulgo, ni para aquellos que, incapaces de comprenderla, pretenden que la poesía debe confeccionarse según modelos de extensión determinada y sobre motivos únicos.

Se necesita haber bajado hasta los hondos abismos de la propia conciencia, haberse perdido en el dédalo inextricable del *yo*; se necesita haberse retorcido en los límites estrechos de la humana Razón y haber vuelto del angustioso viaje con los ojos deslumbrados y sorprendidos por una luz que se ha entrevisto, que se ha creído poseer; una luz que ha iluminado, con su resplandor astral, las cosas y los seres con la fugacidad del relámpago y nos ha dejado

otra vez en las tinieblas de la diaria ilusión, para comprender la sublimidad y el horror, la profunda sinceridad del dolor de la inteligencia sumida otra vez "en los muros espesos de ser hombre"...

"Hay momentos... —en que un último impulso vencería a la esfinge... —Momentos en que espero el golpe inmenso —con que me llenará la luz divina... —Momentos en que las manos ambiciosas— ya van a entrar al resplandor supremo..."

Son precisamente, únicamente, estos momentos los que nos acercan, siquiera en algo, a la majestad de Dios... El dolor y la angustia son tan hondos, que se quisiera cegar para siempre. Y entonces se desea:

"Sentir esta vida desesperada y ebria —como los otros seres que van ciegos y firmes... — ... — Mejor no saber nada, — no haber nacido nunca a la altura y la sed, —estar pegado al lodo más ciego de la Tierra —para no perder el canto alegre, —ser igual a los niños, ser igual a las aguas..."

Y el poeta, sintiendo entonces el ala roja de la locura rozarle la sien —que no se eleva uno tan alto impunemente— clama a la compañera en un grito desesperado:

"Dame a beber la copa de los dulces olvidos. — Sálvame de mi sed y de mi orgullo —antes de que mi frente quede loca. —Devuélveme todas las mentiras —y bésame estos labios angustiosos —hasta que ya no griten frentes al misterio mudo..."

Pero ya es tarde; cuando se vuelve de los países del *más allá* sin haber dejado en ellos, como un gaje precioso, la razón, se trae sobre la frente un signo inconfundible. Aún se podrá reir todavía alguna vez, y se llenará aún concienzudamente los triviales menesteres de la vida; pero el alma no se libertará ya de su terrible destino. El poeta lo sabe y exclama desesperadamente:

"¡Pero ya no es posible!... ¡No es posible!..."

II

Este libro, mejor tal vez que ningún otro, revela el drama terrible del siglo veinte.

Después que el positivismo, triunfante en el siglo pasado, nos demostró acabadamente su incapacidad para dar a la vida un sentido último y definitivo, el espíritu humano, brutalmente sacudido hasta en sus últimas fibras por la Gran Tragedia, entrevió el vacío angustioso que no es capaz de llenar ya la consoladora ficción religiosa. De ahí ese movimiento universal de las generaciones de *post-guerra* hacia un espiritualismo que concilie las exigencias de la razón y las ansias del espíritu.

Y en esta oscilación constante del alma que ansía creer en una vida futura y la inteligencia que le niega la posibilidad de creer —dilema que ya Unamuno analizó magistralmente en "El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos"— muchos espíritus nobles y esclarecidos volvieron los ojos hacia una nueva filosofía y una nueva religión, que si no es admitida por la ciencia, no es, sin embargo, más absurda que cualquiera otra religión, tan inaceptable como ella para el positivismo científico. Me refiero a la Teosofía, que, como religión pura, es para el alma más consoladora que la doctrina cerrada de la Gracia, y satisface al mismo tiempo las exigencias de la Razón, aún cuando su verdad, como todas las verdades religiosas, es científicamente indemostrable. Pero ningún postulado se opone, sin embargo, a la teoría de la reencarnación y de las existencias sucesivas, de acuerdo, en cambio, con la teoría de la evolución, escollo temible para las otras religiones.

Pero entiéndase bien: a la Teosofía-Religión, es decir, sin pretensión alguna de verdad demostrada ni aún todavía demostrable: a la Teosofía y no al Espiritismo, con que suele confundírsela muchas veces.

Los fenómenos del espiritismo, en efecto, inexplicables generalmente por las leyes conocidas, físicas y fisiológicas, adquieren por la nueva interpretación de la parapsicología o metapsíquica de Richet, un valor muy secundario y aún completamente nulo, como prueba de la supervivencia; pero iluminan con luz preciosa los abismos inexplorados de la subconciencia, del yo subliminal.

Me parece encontrar en la obra de Sábat Ercasty, que comento, una marcada tendencia teosófica, en su sentido puramente religioso, y alusiones frecuentes a la doctrina de la reencarnación en versos profundos como los siguientes:

"¡Ya eres una vez más, carne mía! — ¡Te levantaste ahora más alta y más gloriosa! — ¿Qué hubo de mí mismo antes de esas horas? — ¿Cómo es que fuí posible? — ¿Sobre qué ágil nave llegué con mi destino — hasta las fatigadas orillas de la Tierra?... — ... — Estaban en el pensamiento inmóvil — todos los destinos juntos. — La idea era tan fuerte que se hicieron las cosas. — YO ME VOY REGRESANDO POR MI VIDA *— hasta la chispa ansiosa y la llama invisible — en que me alzó el espíritu la mañana de Dios, — antes aún de los astros y las nébulas... — ... — ¡Qué silencios hemos cruzado, hermano! — ¡Qué caminos de eternidad y fuerza! — ¡qué zonas inescrutables de Dios mismo! — ¡qué sorda densidad del Universo — fuimos trepando hasta alcanzar la vida! — ... — ¡Eramos nervios tensos en el espacio fino — cuando empezó la música sensible de los astros! — ... — Estuvimos ocultos en todos los tiempos, — aguardando el instante audaz de desatarnos — y sacar de los gérmenes, afuera de la sombra, — libres los brazos, — y radiantes las frentes."*

Todo el canto cuarto del Libro de la Voluntad, es, a nuestro modo de ver, un verdadero poema teosófi-

co. ¿Encontró Sábat Ercasty en esta doctrina el consuelo ansiado para su espíritu?

No lo creo, pues el neófito está lleno de entusiasmo y de fe por la religión que abraza, y el libro de Sábat no es más que un grito de dolor y de ansia; no un libro de fe y de consuelo:

"Yo no afirmo ni niego,—¡soy nada más que una gran sed!—¡Toda la sed del mundo y de los mundos—sobre los labios del corazón!..."

Sed no aplacada; sed que lo tortura y que seguirá torturándolo, porque no existe fuente consoladora para esta fiebre honda de *más allá*. El lo sabe, y su duda dolorosa exclama desesperadamente:

"¿Es que ningún extremo robaremos la antorcha? —¿Es que toda batalla terminará en batalla?—¿Es que la sed más alta sube otra sed más alta?—¡Ay!, —acaso no haya una verdad en nada,—ni para nosotros ni para Dios. — Acaso lo que anhela toda mi sed no existe. — ... — Acaso las palabras de los hombres—ni aún el sentido de sus errores tengan.— Ni la verdad arriba—y ni la esfinge abajo.—Algo más espantoso que no saber, sería—esta impotencia humana para ver el abismo. — ... — ¿Somos el espectáculo de un más allá que ríe, — o somos la esperanza de un más allá que sufre?"

He encontrado muy pocas veces, en algunos versos de Alfredo de Vigny o de Giacomo Leopardi, pensamientos tan hondos en formas tan armoniosas y tan graves. Estos dos últimos versos, son especialmente magistrales.

No creo que nadie, entre nosotros, se haya elevado tan alto; por eso, sin duda, algunos críticos de profesión no han podido seguirlo.

Leyendo los versos de Sábat Ercasty, he reconocido la honda fraternidad de su poesía y el alcance muy humano de sus sentimientos, que, personales y originalísimos, tienen, sin embargo, un alcance universal, ya que traducen aspiraciones y dolores de toda conciencia un poco profunda.

En cuanto a la forma, muy moderna, de estos poemas que por su índole no caben en los estrechos moldes de una retórica antigua, Sábat Ercasty ha alcanzado una armonía musical que no poseía aún en "Pantheos", a pesar de sus grandes e indiscutibles méritos; armonía nacida, no solamente de la concertada disposición de los vocablos, sino de una honda compenetración de la idea con la forma, una armonía mucho más difícil de alcanzar que la fácil música de la métrica, porque está, como las sinfonías de Beethoven, toda hecha de profunda emoción y de interiores acordes; música grave y majestuosa que necesita, para ser apreciada, una previa educación del gusto.

El verso libre alcanza en "Los Poemas del Hombre" una armonía noble a la manera de un órgano, cuyos sonidos se hallan reforzados y sostenidos por numerosas armónicas, que le vienen tanto de las resonancias profundas del pensamiento como de las vibraciones concordantes de las audaces y bellísimas imágenes.

En el caso de las escuelas literarias modernas, en las que nadie sabe lo que busca y lo que quiere, el poeta de "Pantheos", alejado de las frívolas camarillas, prosigue solo y aislado la búsqueda de su camino, que se desenvuelve ancho y armonioso frente a él, con la riqueza grave de su magnífica cosecha.

Libros como "Los Poemas del Hombre", revelan al mismo tiempo un poeta y un carácter. Vayan, pues, nuestras sinceras y efusivas felicitaciones a su autor.

LUISA LUISI.

EL ARBOL

I

Era hace veintemil años.

Sobre la tierra enemiga
el hombre, solo y desnudo,
ante los astros vivía.
Bosques inmensos en una
trabazón de pesadilla,
le cerraron con su loca
vegetación la salida.
Montañas hoscas que alzaban
sus sienes despavoridas
sobre cielos de cinabrio,
asombraban su pupila.
Ríos de aguas turbulentas,
mugidoras, siempre vivas,
se le cruzaban al paso
y su paso entorpecían.
Grandes juncales, pantanos
traidores de aguas dormidas,
le acechaban con su fango
oculto bajo la linfa.
Y en medio de ese escenario
de la Natura bravía,
rodeábanle de acechanzas
potestades enemigas.
Era la sombra implacable
que bajo el Sol le seguía;
y eran, durante la noche,
las visiones indecisas
que le turbaban el sueño
con realidades fingidas.

Era el hachazo del rayo;
del trueno la voz maldita;
el silbo aullador del viento;
la transparente neblina;
era el eco de los montes;
la luna pálida y fría;
los eclipses; el misterio
de aquello que no se explica.
Y era en contra del invierno
y el hambre, la cruda lidia;
la lucha con otros hombres
de alguna tribu distinta;
y el combate con las fieras
monstruosas que en la colina
en las noches misteriosas
de súbito aparecían,
feroces, rugientes, torvas,
dilatadas las pupilas,
husmeando su presa donde
su instinto la presentía.

Era hace veintemil años.
Sobre la tierra enemiga,
el hombre, solo y desnudo,
ante los astros vivía.

II

Pero una tarde — una tarde
perfumada, suave y quieta, —
mientras el Sol se ocultaba
como una inflamada rueda
tras la cima de los montes,
concibió el hombre la Idea.
Un árbol gigante abría
allí, sobre su cabeza,
el dosel de su ramaje
en una caricia buena.

Y el hombre, mirando al árbol,
vió en el árbol su defensa
que aquel amigo callado
hasta entonces, en su lengua
dió en decirle las palabras
más soberanas y eternas:
—"Yo he de brindarte mi amparo
contra todas las potencias,
y con mi amparo es seguro
que al fin domines a aquéllas.
A mi sombra, de los soles
burlarás las inclemencias;
con mis ramas tendrás lumbre
para templar tu caverna;
te harás armas con mis nervios
y combatirás las fieras;
y cuando, andando los tiempos,
sueñes con otra vivienda,
será de mi que la arranques
en haces de grandes leñas.
Entonces, siempre tu amigo,
decuplicaré tu fuerza,
dándote los instrumentos
que en el trabajo resuenan.
Te daré también el barco
que sobre las olas lleva
hasta otras tierras remotas
los frutos de aquesta tierra.
Y cuando al fin, fatigado
a mis plantas, una tregua
demandes para tus músculos,
te brindaré la serena
canción de mis hojas verdes,
y entre mis hojas, cual gemas,
colocaré los chispazos
de las lejanas estrellas.

Después, aún, ya más tarde,
cuando la vida te venza
y tus mortales despojos
haya de guardar la tierra,
con mi misma carne amiga,
con carne de mi corteza,
he de envolver yo tu carne
por disimular tu afrenta,
y entonces, por siempre unidos,
dormiremos en la eterna
entraña de nuestra madre
común, la Naturaleza."

Y el hombre, escuchando al árbol
en aquella tarde quieta,
sintió que a pesar de todo
la vida aún era buena.

III

¡Oh, Arbol!, tal vez el amigo
primero que tuvo el hombre
sobre la tierra preñada
de acechanzas y de noche;
Arbol valiente, que diste
tu fortaleza de roble
al triste ser que acosaba
el Destino con sus golpes;
Arbol grande y generoso,
que en ofrenda diste al pobre,
lo mismo que al potentado,
la riqueza de tus brotes;
Arbol - cuna, Arbol - vivienda,
Arbol - buque, Arbol - torre,
Arbol esencia y resumen
de los terrenales goces,
de los triunfos invictos,
de los preclaros honores;

símbolo de paz y vida,
de trabajo sano y noble,
de esfuerzo constante y rudo,
de armonía bien acorde;
Arbol que pagas con gracias
al que te hiere con golpes,
para enseñar la cristiana
humildad de los perdones;
Arbol herido y tronchado,
que mientras no le despojen
de sus raíces vitales,
renace y vuelve a dar flores,
para darnos el ejemplo
de las fuerzas que disponen
los que creen en sí mismos
y luchan por ser mejores;
Arbol poesía y encanto
de las gayas tradiciones,
estrofa de los paisajes,
gloria de los horizontes,
consuelo de los oasis,
de las montañas blasones;
Arbol santo y tutelar,
bendito tú por tus nobles
enseñanzas, por tu fuerza,
tu belleza, tus canciones,
por la esperanza que ofreces,
por la piedad con que acoges,
por la virtud escondida
que trueca tus verdes brotes
en el alma luminosa
de los negruzcos carbones.

¡Sé bendito por los siglos,
Arbol, amigo del hombre!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

"LA LOMA AZUL" (BOCETOS DE AMBIENTE SERRANO)

Fragmento de una novela inédita

VIII

Cuando llegó a Ischilin (Jorge), había luz en la escuela. Respiró. Recordó que había hablado con Lucía de la reunión política que tendría lugar en su casa ese día, y que ella le había dicho que ese día haría una visita a unas amigas de Deán Funes. Su mente ya tranquila, había recordado esos detalles, y se alegró infantilmente de su resolución de venir a verla, abandonando la reunión de su casa; se alegró de no encontrarla horas antes, pues su ira ya se había disipado, aunque lamentaba su momentánea ausencia. Pero ella ya estaba allí, y él golpeaba las manos, de a caballo, como de costumbre, con tres golpes iguales y acompasados. Una voz respondióle:

—¡Ah! Jorge... ¡Voy!... ¡Hoy no hay clase!...
—¡Zalamera!... Ya lo sé...

Y mientras se apeaba y ataba las riendas de su caballo a un arbolito enclenque, la luz del interior se apagaba y aparecía en la puerta la fresca y blanca silueta de Lucía.

Una suave y luminosa alegría le inundaba el rostro. Sus ojos negros, luminosos y húmedos, en la penumbra del crepúsculo silencioso, eran como dos faros de fosforescencias en un mar azul.

Su blanca vestidura era azulada mancha en la puerta en sombra. Y Jorge, atraído ya por su novia,

silenciosamente, la tenía presa, las manos juntas, y la miraba ansioso y sediento.

—Viniste... —le decía ella.

—Sí, nena; vine, como vendría a cada instante si pudiera. ¡Y hoy más que nunca! Lucía, ansiaba estar a tu lado. Vine hoy, y no te encontré, sin acordarme que irías al pueblo. ¿Cómo te fué?

—Bien, Jorge...

—¿Sin extrañarme?...

—¡Goloso!...

Un beso los unió. Al influjo de la hora, misteriosa hora de las sombras azules y violetas, bajo el cielo transparente, verdoso y azul, a la vera de un amor sin testigos, la cabeza de Jorge sentía el vértigo de lo infinito y sus ojos, en los ojos de Lucía, eran el imán de atracción de los labios, que en un íntimo beso de pasión y de dulzura, callaba las palabras para dejar oir el latido de los corazones, en el temblor de los labios, en la caricia sin nombre de las almas...

El tiempo, testigo impasible de la Dicha y del Dolor, marcaba su compás. Cuando la pareja se recobró, ya era noche cerrada.

—Entremos, Jorge...

—Vamos, Lucía,... uno se olvida...

Una mano fresca y húmeda le tapó la boca, sin dejarlo proseguir. Jorge la besó amorosamente, y la siguió en las sombras...

* * *

En el patio, bajo los naranjos en flor, en una mecedora, la Directora, en actitud de descanso, se hamacaba suavemente.

—Está Jorge... —dice Lucía.

—Adelante, —díceles, —... ya hay aquí dos sillas... Dios sabe lo que hace... Buenas noches.

—Buenas... ¡Qué bien se está aquí!

—¿Contaste a Jorge lo que te pasó hoy?, —dice la Directora a Lucía.

—No. Recién llega. Pero pensaba hacerlo.

—¿Qué? —dice Jorge indiferente.

—¡Bah! Sin importancia. Cuando volvíamos de Deán Funes, nos encontramos con un auto que regresaba de tu casa. Habían pinchado una goma. Como el caballo nuestro estaba nervioso y asustadizo, uno de los pasajeros, que resultó ser el Comisario, se acercó, tomó las riendas del caballo y nos pasó. Después...

—¿Que?...

—Nada; estuvo conversando con nosotras un momento.

—Y... dile lo demás, —insiste la Directora, bromeando.

—¡Sonseras! Me felicitó... por la "conquista"; supongo que por ti... ¿Es tu amigo?

—¡No! —dice Jorge, fastidiado.

Una nube pasó por los ojos soñadores de Jorge. Fué un instante.

—¿Por qué me lo preguntas, Lucía?

—No sé... Si voy a ser franca, me hizo mal efecto su manera de hablarme de ti. Tiene unos ojos perversos el tal Comisario...

—No me preocupan.

Un silencio molesto siguió a estas palabras. Lucía, sin poder reprocharse sin embargo nada, pensó que la Directora había sido inútilmente indiscreta. La Directora, que había dado un paso en falso, y Jorge, cuya confianza en Lucía era inmutable, era sincero; no se preocupaba en realidad. Su continente serio y severo, obedecía más bien a una leve y pasajera abstracción, recordando las escenas que presenciara ese día en la reunión política de su casa. Por eso, tras un silencio algo embarazoso, en que prendió un cigarrillo, después de liarlo pacientemente, mientras Lucía, sospechando una tormenta en el espíritu de

su amoroso caballero, acercaba su silla a la de Jorge y le decía casi en secreto, llamándole a la realidad:

—¿Qué tienes, Jorge? Estás serio. ¿Te has enojado?

—No, Lucía. ¿Por qué enojarme?

—¿Entonces?...

—Pensaba... pensaba; tantas cosas han impresionado hoy mi espíritu, que... una más—y sin importancia real—qué puede hacerme...

—¿Te ha pasado algo, viejo?

—¡Negra! Pasarme, no. Pero hoy ha sido un día de emociones... malas. Esa política... con sus telarañas...

Y contó, susurrándole al oído, todas las escenas del día, sus impulsos, sus indignaciones, sus juicios y rebeldías. Contó cómo se desarrollaban las cosas, preparándose el juego de siempre, de los profesionales y enviciados de la política utilitaria. Y así, casi en secreto, en la penumbra del patio, de naranjos en flor, bajo el perfume embriagador de los azahares, juntas las manos en una comunión de emociones y de sentimientos, iba diciendo a su novia, entre frases de pasión y de esperanzas, sus pesares, sus angustias y sus desvelos. Refugiábase en el cariño cada día más intenso de "su maestrita", como agua sedante de sus dolores y pesimismos.

Era ella quien le retenía así, aún entre las sierras, que más de una vez pensó en abandonar, para dar tiempo al tiempo, en espera de días mejores o en busca de otros horizontes. Ella, que no era del pago, y sin embargo le retenía, amando en sus ojos la luz de sus crepúsculos melancólicos, en los prolongados e intensos atardeceres luminosos de las quebradas, o en la rosada y fresca vibración del amanecer. Ella concentraba ya todos sus afanes. Era su norte. Y él confiábase a su quimera, sin saber a dónde le llevaría su fantasía y su ensueño.

—Tengo en ti, toda mi confianza, toda mi esperanza.

—Soy feliz, Jorge. Quiero merecerla. Te lo puedo jurar.

—Por eso, si mi intención se realiza, debo decirte que esa ciega confianza en tu cariño ha de acompañarme en la ausencia...

—¿Qué ausencia?...

—La nuestra... Pienso que debo algún día alejarme de aquí... No, no para mucho tiempo. Lo necesario para ver lo que necesito ver. Después... después tú dirás si puedo contar con tu vida para mi felicidad...

—Y la mía... ¡Pero irte, Jorge!... ¿A dónde?... ¿Y yo? Perdón... Soy egoísta. Te comprendo. Tienes toda la razón del mundo.

—Ya sabía yo que eres mía en el alma. Ya conoces mis proyectos sentimentales. Debo hacer algo más. Me lo he propuesto. Los intereses de mi padre, los míos... los tuyos, Lucía, están en juego, en peligro. Debo prepararme para luchar y defenderlos. Hay cosas que no puedo decirlas aún. Pero yo aquí dejaría correr los acontecimientos... Mi padre no podría tal vez, impedir ciertas maniobras de algunos acreedores, y caería—¡noble y terco viejo!—envuelto entre sus entusiasmos y su lealtad. ¡Esos amigos! Lucía. Esa política maldita, que en este país es como un pulpo. Sus tentáculos enormes van de uno a otro confín, malogrando hombres, intenciones, ideas, entusiasmos y esperanzas...

—¡Consuélate, Jorge! ¡En este país... y en todos! ¡En el mío! ¡Tú sabes lo que es en el mío, pobre patria chica! ¡Acuérdate que allí, aun es peor el "pulpo", como tú dices! Es un mal americano. Tiene una fisonomía netamente original: la audacia y artería del indio, injertada en la ambición incontenible del español. Mézclale un poco de cosmopolitismo urbano, y

tendrás lo que aquí tanto duele observar; que se ve allá, en mis cuchillas queridas, o que se ve en todos lados.

—¿Es un mal general?...

—Un mal general y un mal necesario... Un mal de transición, como fué necesario que antes de llegar a esto, que es la faz utilitaria en la evolución de la nacionalidad, hubiera derrame de sangre hermana, aquí como allá.

Ya el susurro de la charla, iba elevando el tono y se percibía claramente lo que ambos decían. Y evocaba así, Lucía, junto a su gaucho querido, con los ojos alternativamente en las estrellas y en la glauca pupila de su novio, toda la epopeya gaucha de su querida y lejana patria; la lucha heroica de los nativos por su independencia, tanto más heroica cuanto más primitiva. Después, la angustiosa lucha por la unificación de la patria chica; los años de ominosa tiranía, en que sus antepasados habían caído,—por el solo y horrible delito de tener ideas de humanidad y gestos de altivez,—bajo el puñal mercenario, o de apasionados de los hombres rojos de la época, sedientos de sangre, en el convencimiento de que toda dominación y gobierno debía basarse en el dogma bárbaro de la "letra con sangre entra", cuando lo que entraba era la barbarie y el dolor y la miseria, huyendo, la civilización, por la puerta luminosa del dolor de las madres y del hambre de sus hijos. Más adelante, esa lucha fué transformándose poco a poco en una batalla de odios, rencores y ambiciones, que enlutaron las ricas y fértiles cuchillas, los cerros y los valles promisores, transformándolos en cementerios de esperanzas y de carne de sus hijos. Y le decía así, ya fuerte y claramente, Lucía a Jorge, en su visión de la lejana tierra de su cuna:

—Y cuando las revoluciones comenzaron, Jorge... la sangre generosa o inconsciente, corría en los campos, como las lágrimas de las madres, novias e hijos; en esas horas dolorosas, todos los días, llegaban a los hogares, las últimas palabras o el último pensamiento de un ser querido, que entre el frío de un día invernal, o el bochorno de una tarde de estío, bajo el sol y el polvo, había clavado la frente en la tierra, como un último beso, o como una comunión eterna, ante el altar de un ensueño sin realizaciones.

Menos mal para el hombre de las ciudades, que atenuaban los rigores de las circunstancias; pero los que vivían allá, entre el polvo de los combates y oían el silbido de las balas, veían sus campos, bienes y haciendas, arrasados por la ola sin freno de la contienda... y después, Jorge... aquello... aquello tan inhumanamente salvaje, tan incomprensiblemente innoble, que para eterna vergüenza de los culpables, se oficiaba en pleno campo de batalla,—que siempre debe ser campo de honor...—el degüello..., como si no bastara el plomo fratricida, la puñalada "fraternal", el lanzaso "heroico"...! Había que rematar a los vivos, a los que quedaban sufriendo para "despenarlos"; y a los prisioneros, para que no quedara un solo "salvaje" o un solo "blanco" ni para muestra... Y se degollaban con una pasmosa tranquilidad, como si un rito sagrado lo hubiera sancionado, vanagloriándose después, en horas de "fogón", de la faena del día...

—Lo mismo que hacían aquí, Facundo, el Chacho y otros, con los que caían en sus manos, y el capricho dictaba la hora de tortura de los que tenían vergüenza. Como lo hacían en épocas de Rosas, de López, de Francia...

—¿No ves, Jorge, que la marcha de los acontecimientos era en todos lados semejante? Después, cuando la conciencia nacional fué despertando... las cosas cambiaron. Allá como aquí, la fiereza y brutalidad de los hechos fué cambiando de táctica. Se le pu-

so a la ambición una careta. Se hablaba de patria, democracia, civismo, allá como acá... pero en vez de dar un sable y una carabina—mucho más noble al fin y al cabo—se les dió una orden y una voz. Se les trocó aquello de "carne gorda" y pillaje, gran atracción de incultos y perversos, por esta otra, maquiavélica y artera: "el pucherete"...

Y si bien, aquí como allá, la época de las conquistas bélicas entre hermanos ha pasado—y ojalá que definitivamente — el "modus vivendi" y "facendi" de los profesionales de la política, se ha transformado — con beneficio general, es cierto — pero, sin cambiar de finalidad...

Es la faz utilitaria de la política, la faz de los enjuagues, de la mentira, del fraude, de la extorsión de las conciencias por el hambre, de las venganzas...—y de la dádiva, que es el medio más usado, por el interés que es necesario despertar en los que "trabajan". Porque no pueden hacerlo libremente y sin un fin premeditado de sacar partido y tajada de sus trabajos electorales.

—¡Pobre idea de patriotismo!, dice la Directora, que en su aparente somnolencia, no ha perdido una coma.

—Es eso lo que no hay, señora, dice Jorge... y a los que hablan de *eso*, sin haberse enviciado en la política de intereses y ventajas, de ambiciones y lucro, se les mira de reojo. Aquí como allá, la verdad es del porvenir...

—Cuando se eduque a la gente, Jorge,—dice la Directora.—Cuando el hombre de campo deje de ser un objeto de codicia de los políticos, por el voto que significa. Cuando ese hombre de campo sea, dentro de la relatividad de su medio, un hombre que haya pasado desde la niñez por la purificadora aula de la escuela. Cuando la instrucción intensiva y extensiva no sea un mito, y cuando la superstición del ignorante o

la brutalidad mental de esos ciudadanos sea vencida por la Escuela. Cuando no haya un solo analfabeto en una nación, y la transformación moral sea una realidad, entonces habrá democracia. Cuando el voto del paisano vaya a la urna, no "porque sí" o porque el partido lo ordena, sino conscientemente... como una función social libremente ejercida, entonces no habrá *eso* que a usted hace sufrir y cavilar.

—¿Eso será posible algún día?

—Sí, cuando el patriota de corazón, el hombre íntegro, ocupe el lugar del patriotero, del hombre-político de oficio y del tortuoso en procederes. Por eso... mi padre, mi viejo padre, prefirió inmolarse, allá en las épocas del tirano de Buenos Aires; llegó hasta el apóstrofe al sanguinario de Palermo, nor no servir a sus designios. Le pegaron un tiro. Le robaron los bienes. La vida, el bienestar. La casualidad salvó a sus hijos. Se quedaron en "la calle". Conservó para ellos la vergüenza. Es lo único que nos dejó... ¿Cómo no vamos a combatir la ignorancia? ¿Cómo no íbamos a enseñar lo que es patriotismo?...

. . . . . .

Terminó bajando la voz la Directora.

* * *

Un silencio embarazoso reinó en el patio de los naranjos. Jorge y Lucía, las manos en las manos, se adivinaban más que se miraban en las sombras. El farol de la galería, ahumándose más cada vez, había terminado por apagarse. La luna velábase por momentos.

Jorge comprendió que debía retirarse. La Directora, dándose cuenta de que la realidad le imponía ser generosa con los enamorados, levantóse y dirigiéndose al interior les dijo:

—Bueno, ustedes tienen que decirse otras cosas. No hagan caso a esta vieja. Vuelvo.

Y no volvió. Largo rato quedaron los enamorados bajo la sombra protectora y perfumada de los naranjos en flor. Cuando el susurro de las palabras dichas al oído terminaba, jugueteando entre la brisa y pétalos de azahares, que el viento leve dejaba caer en derredor, un silencio prolongado en la sombra, un suave murmullo, un beso contenido, embalsamaba el ambiente, como el perfume sensual de los azahares, que caían suavemente sobre las cabezas de los enamorados, tejiendo corona y alfombra blanca. Entre el follaje, cada rayo de luna era una estrella.

—¿Te vas contento hoy?—susurró Lucía.

Un abrazo estrecho y un beso, cerraron la amorosa boca...

* * *

Camino de "La Loma Azul", Jorge galopaba a la luz de la luna.

En la escuelita, todo paz en el silencio de la noche pura, un corazón vibraba de esperanzas y de temor. Lucía, vió el alba asomar, sin haber podido descansar. Una preocupación invencible, un malestar la sugestionaba. En las sombras de su cuarto virginal, vió un hombre de cara maquiavélica correr detrás de Jorge. La visión se repetía, se repetía, hasta que la fatiga la venció, cuando una lágrima corría por su mejilla y lentamente fué a posarse en sus labios; celosa lágrima, cuya amargura veló por un instante la dulzura de los besos que saboreara bajo los naranjos en flor...

CARLOS PÍRIZ ARÉCHAGA.

1922.

SINFONIA DE COLOR

Pleno Sol

Amarillos, rojos, y violetas,
forman el acorde magistral,
unido a los clarines y trompetas
con sones de cristal.

Los llamativos mantones
de las rientes damas, severos
cabildantes, alegres trovadores
y nobles caballeros,

decoran la avenida del tiempo señorial.
Giran los abanicos entre las manos blancas
como ágiles palomas en su jaula real,
y el cielo, orfebre de un azul transparente,
pone su tono unísono en el cuadro viviente
de los hidalgos días del tiempo colonial.

PEDRO ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

POEMITAS SENCILLOS

HE ENCONTRADO LA ALEGRÍA...

Sí, buen hermano: aunque te admire y sorprenda, he encontrado la alegría...

¡Esa alegría que algunos hombres buscan y no la encuentran, porque tienen "los ojos de los muertos..."!

¿Quieres que te diga el secreto de mi hallazgo? Verás. He encontrado la alegría en los rostros risueños de los niños, en esos niños que tú no ves porque pasas ante ellos cavilando en grandezas...

He encontrado la alegría en el furtivo beso que se ofrendan dos bocas frescas de amantes jóvenes prisioneros del Amor...

He encontrado la alegría en una mujer próxima a ser madre, contenta de no haber violado el mandato de la Vida...

He encontrado la alegría en un árbol—no olvides que también las plantas tienen su alma...—cargado de frutas maduras que recogen jubilosos chiquillos...

He encontrado la alegría en un pájaro que cantando, cantando mucho, construía su nido...

He encontrado la alegría en una flor, que satura con su suave perfume, el aire, ese aire que respiramos...

He encontrado la alegría en el sereno murmullo de las aguas de un arroyuelo que calma con el beso de sus hondas el ardor de nuestro cuerpo...

Sí, buen hermano: aunque te admire y sorprenda, he encontrado la alegría en todas esas cosas que tú no ves porque miras con "los ojos de los muertos..."

SOBRE LA FRESCA HIERBA...

En esta serena tarde primaveral en que los pájaros parecen cantar con nuevos bríos y las tiernas florecillas de la inmensa campiña llenan la atmósfera de un suave perfume silvestre, me he acostado sobre la fresca hierba...

Al contacto de la tierra he sentido bullir en mí una sana alegría salvaje. ¡Con qué infantil deleite hundo mi afiebrada frente en la fresca hierba!

Y así, bien junto a la tierra, permanezco largo tiempo, hasta que comienzan a brillar en el azul del cielo las primeras estrellas que, desde allá, parecen contemplarse con envidia...

MI AMADA MADRECITA

Siempre sentí, desde niño, un cariño intenso hacia una vieja higuera. Era muy pequeño, y la buena mujer que cuidaba de mi existencia, durante sus quehaceres, acostándome en una humilde cuna de mimbre, me colocaba bajo la sombra de la vieja higuera, y así dormíame plácidamente...

Después, cuando tuve suficientes energías, trepaba con gran agilidad en la vieja higuera, y ávidamente cogía sus frutos—unos higos grandes rebosantes de dulzura—que con sumo deleite saciaban mi glotonería infantil...

A veces, con la ingenuidad propia de mis pocos años, pensaba si sería la higuera, mi madrecita ausente; y yo llegué a creer firmemente que la vieja higuera, al donarme sus frutos, era mi amada madrecita.

NICOLÁS SANSONE.

EDUCACIÓN

Introducción a un estudio de los problemas de nuestra enseñanza secundaria

1. El modelo universal en enseñanza.—2. Las reformas deben contemplar las necesidades de cada agrupación social.—3. La imitación de lo extranjero.—4. Los planes universitarios tienen un valor ocasional de acuerdo con el espíritu de cada pueblo.—5. Necesidad de contemplar la capacidad cultural del ambiente.—6. El programa a realizarse.

1. Durante todo el siglo XIX se sostuvo, con carácter general, la doctrina originada a fines del siglo XVIII, de que cada nación o cada grupo humano, al desarrollar la acción que le es propia, se aproxima a un ideal de progreso desde el punto de vista social, político o económico, concebido como inmutable.

De acuerdo con ese criterio, casi todos los que pretendían obtener mejoras sociales ponían de manifiesto el deseo de realizar un sistema concebido como modelo, considerando, por tanto, al progreso, como una marcha bien definida que permitiría a los pueblos llegar al ideal establecido.

La Revolución Francesa inició la era de las aspiraciones de perfección, desde el punto de vista político; así como los sistemas socialistas y anárquicos de fines del siglo pasado y principios del actual, representan el mismo concepto en el orden económico y social. Por esa causa el socialismo, por ejemplo, considera un solo problema y da una sola solución, ya

sea en los países de agrupaciones agrarias como Rusia o en los fabriles como Bélgica; en agrupaciones de intensa vida renovadora como las americanas o en las de tradición fuertemente arraigada como Francia.

La idea de que existe un orden de actividades modelo, al cual se deberían referir todas las reformas a intentarse, ha orientado también hasta la actividad científica, y los sistemas evolucionistas representan, entre otros, ese intento de ajustarse a un canon preestablecido. No podía, pues, escapar la Pedagogía a esta tendencia generalizada, y se buscaron también los modelos definidos para las cuestiones de enseñanza: imitación de la naturaleza en Rousseau, lucha de clásicos y modernos en enseñanza secundaria, sistemas de Herbart, Wolf y, en general, todo lo que surgió de Kant, porque es preciso no olvidar que él dió la fórmula más concisa de un ideal activo independiente de la realidad, y de Kant procede casi toda la filosofía del siglo XIX.

La crítica de una obra se reducía, así, a apreciar en cuánto aquélla se aproximaría al ideal previamente establecido de un modo bien definido.

En nuestro país ese fué el criterio directriz de casi todas nuestras reformas educacionales. Y el hecho de que se tuviera un concepto establecido *a priori*, impidió que se estudiaran nuestras realidades y nuestros problemas, como lo iremos viendo en particular; y ello fué, además, motivo para que todos los innovadores audaces se creyeran con derecho a presentar planes frente a los raros o escasos estudiosos con que hemos contado de tiempo en tiempo, desde que sólo se debían justificar algunas generalidades y no apreciar un problema serio y concreto.

2. Las reacciones se producen siempre lo mismo en ciencias que en pedagogía o en ética.

Se va imponiendo ahora la idea de que no hay un progreso que pueda preestablecerse de un modo ge-

neral. Se acepta, en cambio, que todo se debe hacer por mejoramientos que cada época y cada pueblo requieren, de acuerdo con las necesidades del momento, es decir, que cada ambiente debe determinar las características de la organización de su enseñanza.

Así, pues, el modelo universal válido para todos los países y todas las épocas, es sustituído por el resultado de la actividad de cada agrupación orientada en el sentido que más contemple sus propias necesidades.

Sin embargo, en los países americanos este criterio de acción no ha logrado triunfar en todas las soluciones. Cuando no continúan preocupados con los problemas universales, la influencia de lo extranjero les impide contemplar en sus innovaciones la verdadera situación.

3. Estos pueblos son en realidad como niños que sueñan con esplendores del porvenir. Y tal como ocurre en los niños, les parece posible la realización de todos los modelos que han conocido en sus lecturas o han construído en la imaginación; y como en la infancia se piensa ser a la vez reyes y demócratas, generales y poetas, así en la realidad estos pueblos persiguen ideales contradictorios sin haber alcanzado todavía el sentido de la nacionalidad. Poco a poco, sin embargo, se irá definiendo la personalidad colectiva y a ello han de tender los reformadores, siempre que en esa confusión de aspiraciones sepan discernir la orientación necesaria.

En la enseñanza han aparecido todas las corrientes, y se quiere formar hombres de ciencia como los alemanes, hombres de cultura política como los ingleses, hombres de industrias y de criterio tan singularmente positivo como los yanquis, y todo se pierde en ensayar lo ajeno sin encontrar lo que conviene aquí; lo que necesitamos, desde luego, es dejarnos de buscar modelos y contentarnos con saber nuestras co-

sas. Sin embargo, otra es la corriente dominante y casi todos los proyectos de reforma a la enseñanza universitaria que se han presentado últimamente, se inspiran en una imitación extranjera, cuando no parten de un concepto *a priori*, como se dice antes.

4. Estas consideraciones generales justifican una afirmación fundamental que tiene todo el aspecto de una afirmación anodina, si no fuese tan olvidada. No basta que Francia, Inglaterra o los Estados Unidos hayan adoptado un sistema, es necesario saber las razones que han originado esa medida, y además debe averiguarse si el problema se puede resolver del mismo modo en nuestro país. Por otra parte, conviene también hacer resaltar que en enseñanza el valor de un plan lo da el medio ambiente y el espíritu de un pueblo. Por eso, idéntica solución en diferentes países produce opuestos resultados. Es curioso notar cómo el problema universitario en la América Latina es, en general, el mismo para todos los países, a pesar de haberse ensayado los más variados planes de organización, como veremos en el cuerpo de este estudio. Se quita, así, carácter de reforma fundamental al que se refiere a las leyes de organización y se debe esperar casi todo, por no decirlo todo, del espíritu con que se realizan los planes de estudio.

De ahí el valor circunstancial que tiene la legislación sobre enseñanza. Y por más que se consideren modelos las universidades de un pueblo, es seguro que su mismo régimen, sin el espíritu que las realizó, no crearían esas mismas instituciones.

Se ha llegado en esos ambientes a una solución contemplando aspiraciones bien definidas en las corrientes ideológicas, y solamente donde se presenten los mismos conflictos, se pueden implantar las mismas medidas. La división en gimnasios, escuelas reales y reales gimnasios en Alemania y Suecia, la escuela bifurcada en Francia, han sido originadas, sola-

mente como medios de transar entre los partidarios de los estudios clásicos y los de los estudios científicos. La eficacia de esas distintas instituciones responde, pues, a necesidades sociales. Nosotros, desde luego, no tenemos la lucha entre una vieja pedagogía que se mantiene en gran parte por hábito, y el espíritu ambiente que se va modificando sustancialmente.

Nosotros tenemos nuestro ambiente con características propias, y todas las soluciones sociales, económicas, políticas, universitarias, deben contemplar un determinado problema circunstancial.

5. En Europa y en los Estados Unidos, casi siempre es bastante que la Universidad enseñe algo, y no tiene mayor importancia que se elimine de los programas una determinada materia, porque el medio provoca, por las necesidades del mismo, una actividad cultural superior. Aquí el ambiente es inferior como cultura a la Universidad. Lo que ésta no da, no se adquiere por lo regular fuera de ella. Si la Universidad no enseña, por ejemplo, antropología, no se encuentra en el ambiente quién se dedique a ella, salvo contadas excepciones.

Suprimir una determinada actividad de la enseñanza significa eliminarla del ambiente, a menos que esa actividad sea utilitaria.

Poco importa que no se enseñe comercio o prácticas industriales en la Universidad, donde se enseñarían de un modo incompleto. Saber eso es necesario para todo género de actividades utilitarias y se aprenderá.

Pero si en la Universidad no se enseña Botánica, Filosofía o Literatura clásica, es casi seguro que sólo por excepción se estudiarán metódicamente. (1)

(1) Un ejemplo de cómo el ambiente impone un estudio determinado, es lo que ha ocurrido en la Argentina con los estudios etnográficos, que han adquirido una importancia extraordinaria fuera de la Universidad, por razones ocasionales y porque el país tiene material abundante. Entre nosotros ni siquiera se sabe algo al respecto porque los coleccionistas de piedras labradas, que tenemos, no son etnólogos.

Es necesario, entonces, que se estudie en cada caso el valor educativo de cada materia, no sólo con relación a los otros estudios universitarios, sino con respecto al ambiente.

6. Era necesario exponer estas ideas previas al estudio sobre nuestra enseñanza secundaria, para que sirvieran de programa al trabajo a realizarse.

Sintetizando lo dicho, deberá excluirse toda preocupación por encontrar el modelo a seguirse, y, en cambio, se tendrá que estudiar previamente las necesidades del ambiente y el valor que cada disciplina intelectual puede tener en nuestro medio para buscar más que el plan teórico el modo de despertar el espíritu de estudio y de trabajo.

Es por tales motivos que en vez de estudiar con carácter general el tema, se reducirá la obra a estudiar el problema universitario en nuestro país: y se referirá especialmente a lo hecho, a lo que se ha pensado hacer y a lo que se debe hacer, una vez que se investigue bien el carácter del espíritu nacional, el problema dominante en el país y las necesidades de la enseñanza en el mismo.

ANTONIO M. GROMPONE.

HISPANO - AMÉRICA

DE EDUARDO BARRIOS

De una carta del vigoroso novelista, recibida en esta ciudad, entresacamos los interesantes párrafos siguientes:

. . . . . .

Se muestra usted en seguida inquieto sobre el estado real de la cultura chilena. Es algo complejo definirla, mi querido amigo. Puedo, sí, decirle, desde luego, que la hay en grado similar a la de algunos países de nuestra familia americana. Estos países serían Uruguay, Argentina, Brasil, México. Sólo que difiere un tanto en el matiz, en sus tendencias de orden idiosincrásico. Nuestra fogosidad latina ha sido sometida a una disciplina metódica de los profesores alemanes que organizaron nuestra instrucción, y esto nos ha sembrado un saludable asco por el brillo y la estridencia, sin matarnos la latinidad. Yo creo en este beneficio..... El verbalismo *se ha logrado estrangular aquí*, aunque bien es verdad que no alcanzamos a tenerlo en grado superlativo. País frío en su zona de concentración cultural, Chile ha producido hombres de más meditación que vehemencia. Por eso, antes teníamos sólo historiadores buenos; y nuestra literatura artística, en realidad empieza con mi generación, después de haber habido una de precursores que en nada influyó sobre nosotros.

Hoy tenemos varios nombres de los que podemos estar muy satisfechos: Gabriela Mistral, Pedro Prado, Daniel de la Vega, por ejemplo. Cuentistas hay como Baldomero Lillo y Federico Gana, que han hecho una literatura de bien entendido criollismo, sin chabacanería de mal gusto vocabulario criollo, con visión del espíritu popular manifestada desde el plano distinguido de la personalidad artística.

Otra de nuestras cualidades buenas es la de saber huir del cerebralismo con prudencia. . . . . Una literatura viva no trasciende a libro. Los chilenos podríamos adoptar por divisa aquella frase de Unamuno que dice: "Odio los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres." En mayor o menor grado, esto está dentro de todos nosotros.

De aquí que nuestro defecto más corriente sea el de quedarnos en lo grueso. Muchos de nuestros escritores tienen obra recomendable por lo sana, pero insuficiente por cierta falta de empinamiento espiritual. De la hornadita, sin embargo, hemos sacado bastante.

Eso del manifiesto de los estudiantes a que se refiere el crítico de su país, no es rasero para medirnos. Se trata de un grito de ocasión provocado por una injusticia gubernamental para con un profesor joven. Y éste pertenecía casualmente a una familia de positivistas: de ahí que los muchachos, al defenderlo, tomasen su tono personal, se inspirasen en sus ideas.

Los muchachos son como los de ustedes, pero poco orientados todavía..... En el fondo, los de la mitad meridional de Sud América nos parecemos mucho, aunque los rumbos de nuestra actividad material, dependientes del suelo y su producción, nos matizan y diferencian. El alma es la misma. Mirando a nuestra sentimentalidad y a nuestra fuerza espiritual originaria, la única sorpresa que el viajar nos causa es ésta: lo parecidos que somos. Y en cuanto a cultura,

por ahí vamos todos, formándonos, dueños de unas pocas potencias y con la esperanza lógica de que, producido el núcleo, la irradiación no tardará en fecundar el nivel medio hasta hacerle multiplicar realidades. De posibilidades estamos llenos.

Bien, esto de ponerse a improvisar una exposición en los minutos contados que el trabajo deja libres, es para decirlo todo borroso y abundante. Deseo que usted pueda hacer una buena síntesis...

Santiago de Chile, 1.° de febrero de 1923.

GLOSAS DEL MES

Divagación sobre el año

En el pórtico del año no es dado recogerse a examinar los sucesos del mes para destacar aquel cuya trascendencia le destina este sitio. Es inevitable abrir el corazón a la esperanza, abarcando el año con ávido optimismo. Buen golpe de ilusiones aniquiladas se galvaniza y reclama prelación en los éxitos que el año disponga; otras ansiedades aparecen... Ante la incógnita nos encontramos llenos de confianza.

* * *

Es como recomenzar la vida: y tal como en nuestra psiquis habrá fiesta en el alma colectiva. Pero más que nunca alborozada fiesta ahora, pues examinamos nuestros pensamientos tradicionales, recorrimos nuestro pasado, juzgamos nuestro tesoro vernáculo y arrancamos una verdad, nos forjamos un ideal que perpetuamos en bronce.

Abrimos el año en esa tarea honorable, fijando para siempre un símbolo. Habló Tolstoi de "que los pueblos no tienen la ciencia humana, pero poseen la etérna y divina". Así es como dimos en fecundar un área yerma de nuestra sensibilidad y nuestro orgullo patriótico hará del símbolo de bronce un módulo de toda dignidad.

* * *

Es firme la estructura de nuestra sociedad; pero se atenúa la riqueza pública, sin vislumbrarse mejoras: la enseñanza primaria y la superior denotan fallas considerables... Nuestra lisonjera visión del año se perturba, mas no decrece el optimismo de las primeras líneas. El destino dispondrá.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los mejores cuentos venezolanos.—Selección de Valentino de Pedro. —Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.—

La novela venezolana,—y quien dice novela dice cuento—según nos ilustra Valentín de Pedro en el prólogo de este libro,—apenas tiene treinta años de tradición.

Casi todas las tendencias literarias han tenido allí también sus cultores. Pueden, sin embargo, agruparse en dos núcleos fundamentales: los nativos, aquellos que siguiendo la corriente de Cabrera Malo "con dolores humanos hacen libros criollos", y los universales, grandemente influenciados por la cultura y las modalidades extranjeras.

Sobresalientes figuras existen en cada uno de estos núcleos, como nos revela la lectura de esta selección, hecha con singular maestría y con una envidiable conciencia estética.

Pocas naciones americanas pueden ostentar un grupo tan denso y completo de cuentistas, y es verdaderamente lamentable que gran parte de ellos sean en absoluto desconocidos en el Río de la Plata.

Relatos como "El chubasco", "Cuento gris", "La familia de la Marca del Valle", son realización de arte magníficas, tanto por la técnica como por el drama. No hablamos de los cuentos de Blanco Fombona y de otros que figuran en el volumen, por no repetir cosas sabidas.

En resumen: un libro triplemente recomendable, por su valor intrínseco, por librarnos de una imperdonable ignorancia y por su procedencia americana.—**J. M. D.**

"Para la Historia de América".—Por Hugo D. Barbagelata.—París. —1922.

La Biblioteca Latino-Americana que en París dirige nuestro compatriota don Hugo D. Barbagelata, acaba de enriquecer la lista de sus publicaciones con este nuevo libro en el que su director ha compilado parte de sus monografías históricas dispersas en diarios y revistas, así como también algunas de las correspondencias escritas durante la pasada guerra europea sobre temas de la misma.

Una vez más Barbagelata pone de manifiesto su intenso cariño por América, escribiendo sobre su pasado, su presente y su porvenir, con el mayor de los cuidados, sin recibir por ello recompensa material alguna. Es que la prolongada estada en la populosa ciudad latina no ha logrado desarraigarlo del solar nativo, pese a las tentaciones propias de los encantos característicos de Lutecia. Por el contrario—y al revés de lo que acontece a muchos—cada día de París (y cuidado que esos días ya se han trocado en luengos años), Barbagelata, en vez de afrancesarse se americaniza por grados, y

no siendo secreto para nadie el intenso afecto por el terruño que denotaba a su partida, fácilmente puede colegirse los puntos que al respecto calzará en el día. Es que el autor siempre ha sido de espíritu fuerte, de convicciones arraigadas en su espíritu fuertemente, como que fueron adoptadas tras severos estudios y meditadas cavilaciones.

Por todo esto es que en cada uno de sus libros se expande sano y contagioso el alto espíritu de americanismo que el autor atesora en lo íntimo de su sér. Cada producción es como un escape que pregona, en prosa sonora y optimista, su puro amor por el pasado americano, oteando a la vez en el futuro con mirada exacta y avizora la formación de una vasta sociedad de hombres, la magna Patria del maestro, abocetada ya en el Congreso de Panamá.

De los capítulos monográficos que integran las 200 páginas del volumen, cabe destacar un estudio sobre la influencia inglesa en el Plata en 1806-1807, otro sobre la actuación del vizconde de Chateaubriand, como Ministro de Luis XVIII, respecto a la independencia hispanoamericana, un artículos sobre las batallas de San Mateo, Boquerón y Cancha Rayada, otro sobre el sabio sacerdote uruguayo Larrañaga y su relación con los hombres de ciencia franceses, una interesante disquisición sobre Francia (no el dictador), y sus proyectos monárquicos en el Uruguay, etc., etc.

Pero el erudito compatriota no circunscribe su alta y noble tarea a la divulgación y análisis de todos estos meritorios trabajos, que dicen tan elocuentemente sobre una inteligente compulsa de archivos, sobre el acierto que denota en la paciente ordenación de testimonios, sobre sus dotes de analista que no olvida los requerimientos de la crítica, puesto que hace en París obra más alta si cabe: funda y dirige revistas y bibliotecas para que sean leídas en Francia y en América, todo ello a base de temas puramente americanos, haciendo conocer aquí y allá las producciones y las ideas de ambos mundos, contribuyendo al intercambio intelectual entre los jóvenes pueblos hispanoamericanos, y preparando desde ya el ambiente para el advenimiento de la vasta confederación de pueblos que soñara el genio de Bolívar y que sin duda será viable en el futuro bajo los principios federales que consignara nuestro Artigas hace ya más de un siglo, en sus célebres Instrucciones de 1813.

Como asienta en el prólogo del libro que se comenta el claro talento de Francisco García Calderón, de su espíritu que otoña, de su alma quijotesca, de su vocación de historiador, podemos esperar de Barbagelata fuertes libros sobre el suntuoso pasado de la América Española y sobre la inminente grandeza de estas democracias americanas que—me atrevo a afirmarlo—constituyen ya por su pujanza en el avance y la valentía puesta en práctica de los más levantados ideales, la esperanza del mundo; no estando lejano el día en que deberán ser consideradas como portadoras del fanal que indicará a la humanidad del futuro, la ruta que conduce al más grande progreso y a la mayor perfección.—**H. A.**

"Le symbolisme français et la poesie espagnole moderne".—Por A. Zérega Fombona.—Edición del "Mercure de France".—París. — 1922.

En edición del "Mercure de France", venimos de leer este sintético y hermoso estudio de Zérega Fombona sobre la influencia de la poesía simbolista francesa en la poesía iberoamericana de la actualidad.

Fombona rinde homenaje a Rubén en las páginas principales, y le exalta con lírica elocuencia a los ojos de Francia que casi le ignora, y que, sin embargo, tanto le adeuda.

Comienza estudiando el simbolismo con eruditas notas críticas: comenta las teorías de M. Lévy-Bruhl sobre las "participations" y la psicología moderna; considera el acto lírico para afirmar que la poesía es la religión; expresa interesantes ideas sobre la evolución psíquica humana: dice la historia del movimiento literario español-americano y remarca la influencia decisiva de Darío, cuyo busto se erige ya en el Luxemburgo.

El libro de Zérega Fombona constituye un bello esfuerzo crítico de la poética simbolista, que París tanto ha discutido, y que "malgré-tout", es sin disputa "el alba de oro" de la edad actual.

Por el simbolismo francés renació el lirismo universal; del simbolismo francés surgieron los más bellos y gloriosos nombres líricos de Francia; al simbolismo francés debe América la modernidad de su prosa y de su verso, y España el renacer de su idioma, renovado y agrandado por la reforma verbal que trajo la música, la elegancia, la suavidad, la "nuance"...—**T. M.**

ERRATAS

En nuestro número anterior, Sección Educación, artículo del doctor Brignole «Sobre un libro de Luisa Luisi», advertimos los errores que a continuación señalamos:

	DICE	DEBE DECIR
Pág. 345	... Peforma Valeriana, que ...	... Reforma Vareliana, dice que ...
» 346	... d-berán ser tan diferentes	... deberán ser diferentes
» 347	(l. 7) ignorancia, la educación	ignorancia, la ineducación
	(l. 10) para constatar estos ...	para combatir estos ...
» 349	(l. 31) ... estos conceptos físicos de	estos conceptos básicos de ...
» 351	(l. 7) Estos paseos organizados	Estos paseos organizados de este modo
	(l. 9) ... como podrían darse	como podrían hacerse
	(l. 22) ... en su autor, como lo ...	... en su autor, si no lo supiera ya